

Desde la formación de nuestro grupo ha existido una constante preocupación por la búsqueda de un medio actual para enmarcar la poesía que, individualmente y desde distintos (incluso dispares) puntos de vista, veníamos haciendo. Tal vez solamente fuese un mecanismo de defensa contra la crónica dificultad del escritor novel para editar su obra, para darse a conocer a un público lector que es su razón de existencia. Pero esta misma razón vital de escribir para (no de escribir por), creo que justifica suficientemente cualquier, más o menos, velado, narcisismo, que no es tal en la mayoría de los casos, sino una necesaria proyección en los otros, fundamento esencial de toda obra humana.

Nuestra investigación (creo podemos llamarla así) ha ido enfocada hacia el encuentro de un marco de exposición que acerque hacia la poesía a un mayor número de lectores, a la vista de los cada día peores resultados que los soportes clásicos (libros, recitales, revistas, etc.) están dando.

Con estas premisas iniciamos nuestra revista mural, con la idea, muy clara, de dar a la poesía esa cotidianidad de la que está tan carente. Los resultados, a casi tres años vista del comienzo de la experiencia, bien podemos afirmar que han sido positivos.

Pero el problema del medio en poesía no creo que es tanto el soporte como el medio expresivo, la actualidad de la forma, la vitalidad de los contenidos.

Desgraciadamente, en este estado (bien es cierto que el caso de Catalunya es en algunos aspectos diferente) seguimos con ese persistente anacronismo que nos lleva a remolque de la evolución que se produce en la cultura de otros países. Lo que hacemos es implantar, sin una evolución interior, el desarrollo, los síntomas decantados de otras evoluciones, con un snobismo que, fatalmente, se pierde en la incompreensión de un público que no puede asimilar estos saltos sin fundamento.

Decía Vicente Lloréns que de ahí viene la confusión, el tropel innovador y el persistente anacronismo de la cultura española, que vive en los tiempos modernos no sólo en una posición de inseguridad, sino moviéndose constantemente a contratiempo.

Para plantear una poesía popular, viva, que pueda evolucionar desde sí misma y por medio de la absorción plena del entorno y de los condicionamientos sociales en los que habita, es absolutamente necesario no encasillarla en los estrechos pasillos de un género ni por el contenido ideológico que mantiene, ni por la estructura formal que la soporta, ni por la personalidad del poeta. La poesía no puede ser un género, sino una forma de visión. Y así, a través de esta forma de visión poética, arremeter o tratar la circunstancia, el momento, tanto del poeta como individuo, como del poeta como miembro de una colectividad a la que pertenece y a la que sirve.

ROBERTO ALBANDOSZ ESKIDE



LAS ODAS ELEMENTALES DE PABLO NERUDA

Las Odas elementales de Pablo Neruda constituyen un reto que el poeta se hace a sí mismo de enfrentarse con los objetos cotidianos, con las cosas vulgares, y hacerla poesía pura. Esto de la poesía pura es una forma de entendernos. Y prosigo.

Esta deliberada elección de elementos y substancias aisladas de cualquier contexto literario se basa, sin duda, en el deseo de utilizar la imaginería poética como una paleta de pintor, de enumerar los atributos de cada cosa como hacían los impresionistas por medio de las manchas de luz. Así, la cebolla, el cobre, el edificio, el hilo, el pan, los números, el tomate, el vino, el traje, la tristeza, etc., pasan a ser el dato primero de una larga escalada hacia la descripción mágica que hace —parodiando a la teoría marxista sobre el valor—, que el objeto de uso se convierta en objeto de deslumbramiento estético. Tal acontece cuando, al referirse a una castaña, dice:

Del follaje erizado
caíste
completa,
de madera pulida,
de lúcida caoba,
lista
como un violín que acaba
de nacer en la altura...

En este caso, el objeto, la castaña, ha pasado a ser un violín, después de haber sido antes, en el aire, "madera pulida" y "lúcida caoba". Lo mismo que, hablando del cobre, dice:

El mineral
a fuego
y golpe
y mano
se convirtió en lingotes militares,
en batallones de mercadería.

Obvia aquí el poeta todas las transformaciones que experimenta el mineral desde que es arrancado de la mina para sufrir luego la copelación y la electrólisis y presentarse en esa formación militar que parece sugerimos la uniforme repetición de su presencia.

Es natural, se me dirá, que un poeta haga esas transformaciones con la palabra para evocar una imagen a partir de otra imagen previa. Pero, ésto sólo en parte es cierto. En la poesía, en general, el punto de partida, suele ser una abstracción. O por lo menos un sustantivo que no tenga demasiada encarnadura material, excesivo prosaísmo, lo que no es el caso de las "Odas elementales". En efecto, en este libro se parte a palo seco del elemento mismo, de la cosa, como en la Oda a la alcachofa:

La alcachofa
de tierno corazón
se vistió de guerrero,
erecta, construyó
una pequeña cúpula,
se mantuvo impermeable
bajo
sus escamas...

Las categorías se van escalonando a partir de la primera categoría. La alcachofa es también un tierno corazón, un guerrero y, más tarde, "vegetal armado"

Y aún, esto que digo sobre la inicial materialidad del poema, vale asimismo para mostrar la inmediatez de su interés por lo que al poeta le es más cercano, en este caso los objetos y las cosas que amueblan cariñosamente su existencia. Y, sobre todo, resulta este libro nerudiano un magnífico ejercicio de estilo al intentar con éxito, con estruendoso éxito, tañer una maravillosa música llena de armonías con una simple caracola.